



# ROSA Y AZUL

REVISTA PARA NIÑOS



15 céntimos

# ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.  
Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Seis meses, 3,50 pesetas; un año, 6 pesetas.

EXTRANJERO: Un año, 12 pesetas.

## VENTAJAS QUE REPORTA LA SUSCRIPCIÓN

1.<sup>a</sup> **Economía**, puesto que se obtienen por *seis pesetas* 52 números que, comprados semanalmente, cuestan **7,80 pesetas**, y además recibe el suscriptor como regalo en fin de año unas elegantes tapas y el índice para encuadernar *Rosa y Azul*.

2.<sup>a</sup> **Preferencia** en el orden de inserción de los trabajos.

3.<sup>a</sup> **El regalo** de los 120 folletines que van publicados de las divertidas *Aventuras de un pequeño filósofo*.

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. ....  
residente en ..... provincia de .....  
calle ..... número ..... cuarto .....  
se suscribe á *Rosa y Azul* por ..... meses, y envía su im-  
porte en (1) .....  
..... de ..... de 1905

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

# ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL  
ILUSTRADA, MORAL É INS-  
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA  
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

## NUESTRO CONCURSO



VICENTITO RAMÍREZ Y MONTESINOS

(DIECISIETE MESES)

*Habitante en Madrid, Calle de la Luna, 40*

(NÚMERO 37 DE LAS ADMITIDAS)

## JOYAS LITERARIAS

## CHUCHO

FRESNEDO dormía profundamente su siesta acostumbrada. Al lado del diván estaba el velador maqueado, manchado de ceniza de cigarro, y sobre él un platillo y una taza pregonando que el café no desvela á todas las personas. La estancia, amueblada para el verano con mecedoras y sillas de rejilla, estera fina de paja y las paredes desnudas y pintadas



al fresco, se hallaba menos que á media luz: las persianas la dejaban á duras penas filtrarse. Por esto no se sentía el calor; por esto y porque nos hallamos en una de las provincias más frescas del Norte de España y en el campo. Reinaba silencio. Escuchábase sólo fuera el suave ronquido de las cigarras y el *pío pío* de algún pájaro que, protegido por los pámpanos de la parra que ciñe el balcón, se complacía en interrumpir la siesta de sus compañeros. Alguna vez, muy lejos, se oía el chirrido de un carro, lento, monótono, convidando al sueño. Dentro de la casa habían cesado, ya tiempo hacía, los ruidos del

fregado de los platos. La fregatriz, la robusta, la colosal Mariona, como andaba descalza, sólo producía un leve gemido de las tablas que se quejaban al recibir tan enorme y maciza humanidad.

Cualquiera envidiaría aquella estancia fresca, aquel silencio dulce, aquel sueño plácido. Fresnedo era un sibarita; pero solamente en el verano. Durante el invierno trabajaba como un negro allá en su escritorio de la calle de Espoz y Mina, donde tenía un gran establecimiento de alfombras. Era hombre que pasaba un poco de los cuarenta, fuerte y sano, como suelen ser los que no han llevado una juventud borrascosa; la tez morena, el pelo crespo, el bigote largo y

comenzando á ponerse gris. Había nacido en Campizos, punto donde nos hallamos, hijo de labradores regularmente acomodados. Mandáronle á Madrid á los catorce años con un tío comerciante. Trabajó con brío é inteligencia; fué su primer dependiente; después, su asociado; por último se casó con su hija y heredó su hacienda y su comercio. Contrajo matrimonio tarde, cuando ya se acercaba á los cuarenta años. Su mujer sólo tenía veinte. Educada en el bienestar y hasta en el lujo que le podía procurar el viejo Fresnedo, Margarita era una de esas niñas madreñas toda melindres, toda vanidad, pos-

trada ante las mil ridiculeces de la vida cortesana, cual si estuviesen determinadas por sentencias de un código inmortal, desviada enteramente de la vida de la naturaleza y la verdad. Por eso odiaba el campo y muy particularmente, el ignorado y frondoso lugarcito donde tenía origen su linaje humilde; lo odiaba casi tanto como su mamá, la esposa del viejo Fresnedo, que á pesar de ser hija de una cacharrera de la calle de la Aduana, tenía á menos poner los pies en Campizos.

Tanto como ellas lo odiaban, amábalo el buen Fresnedo. Mientras fué dependiente de su tío, arrancábale todos los años licencia para pasar el mes de Julio ó Agosto en su país. Cuando sus ganancias se lo permitieron, levantó, al lado de sus padres, una casita muy linda, rodeada de jardín, y comenzó á comprar todos los pedazos de tierra que cerca de ella salían á la venta. En pocos años logró hacerse un propietario respetable. Y al compás que se hacía dueño de la tierra donde corrieron sus primeros años, su amor hacia ella crecía desmesuradamente. Puede cualquiera figurarse el disgusto que el honrado comerciante experimentó cuando, después de casado con su prima, ésta le anunció al llegar al verano, que no estaba dispuesta «á sepultarse en Campizos», decisión que su tía y suegra reciente apoyó con maravilloso coraje. Fué necesario resignarse á veranear en San Sebastián. Al año siguiente, lo mismo. Pero al llegar el cuarto, Fresnedo tuvo la audacia de rebelarse, produciendo un gran tumulto doméstico:—«O á Campizos ó á ninguna parte este verano. ¿Estamos, señoras?» Y los bigotes se le erizaron de tal modo inflexible al pronunciar estas enérgicas palabras, que la delicada esposa se desmayó acto continuo, y la animosa suegra rociando las sienes de su hija con agua fresca y dándole á oler el frasco del anti-espasmódico, comenzó á increparle amargamente:

—¡Huele, hija mía, huele!... ¡Si las cosas

se hicieran dos veces!... La culpa la he tenido yo en poner en las manos de un paleta una flor tan delicada.

Cuando la flor delicada abrió al fin los ojos, fué para soltar por ellos un raudal de lágrimas, y para decir con acento tristísimo:

—¡Nunca lo creyera de Ramón!

Fresnedo se conmovió; hubo explicaciones y al fin se transigió de un modo honroso para las partes. Convínose en que Margarita y su mamá irían á San Sebastián llevando á la niña de quince meses y que Fresnedo fuese á Campizos el mes de Agosto, con Jesús, el niño mayor, de edad de tres años, y su niñera. Esta es la razón de que Fresnedo se encuentre durmiendo la siesta donde acabamos de verle.

Despertóle de ella una voz bien conocida.

—Papá, papá.

Abrió los ojos y vió á su hijo á dos pasos, con su mandilito de dril color perla, sus zapatitos blancos y el negro y enmarañado cabello caído en bucles graciosos sobre la frente. Era un chico más robusto que hermoso. La tez, de suyo morena, tenía ahora requemada por los días que llevaba de aldea, haciendo una vida libre y casi salvaje. Su padre le tenía todo el día á la interperie siguiendo escrupulosamente las instrucciones de su médico.

—Papá... dijo Tata que tú no querías... que tú no querías... que tú no querías... comprarme un carro... y que el carnero... y que el carnero no era mío... que era de Carmita (la hermana), y no me deja cogerlo por los cuernos y me pegó en la mano.

El chiquitín, al pronunciar este discurso con su graciosa media lengua, deteniéndose á cada momento, mostraba en sus ojos negros y profundos indignación vivísima y mucha sed de justicia.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

(Se continuará.)

## BAÑO DE ASIENTO

I



—Esta noche que vengo de buen humor le voy á dar un chasco á Esperancilla. ¡Aquí la tina! Me serviré de ella. Venga ese otro bastón. ¡Ajá!... Ahora los pantalones y las botas. ¡Muy bien!... Ya solo tengo que esperar. ¡Cómo voy á reirme! Otra vez rabiare.

## GREGORÍN

I

SENTADO sobre una carcomida piedra de molino que, desde tiempo inmemorial, había dejado abandonada ante una de las últimas casas del camino real de la villa de Y..., un mísero ciegucecito arrancaba diariamente de su mugriento violín notas de tosca melodía.

Era un pobre huérfano como de unos diez á doce años de edad, sin más amparo que la conmiseración de los viajeros que transitaban constantemente por aquel camino.

Desde el rudo patán al peripuesto señorito, parábase á oír tocar al pobre ciego.

Exhalaban los acordes de su música algo así como un vaho de dulce melancolía capaz de atraer y subyugar al más profano ó indiferente.

¿Quién había enseñado á aquel niño? Probablemente nadie. Era «*el genio dormido en el fondo del alma*» que pensó el poeta.

Una *perra chica* de uno, un *centimito* de otro, formaban al cabo del día una exigua cantidad con que compraba su frugal sustento; frugal, pero suficiente para no conocer los horrores del hambre.

II

Doña Gertrudis, madre cariñosísima y esposa modelo, era la señora de un rico comerciante de la villa de Y...

A la caída de la tarde, á esa hora de luz incierta en que la Naturaleza parece que gime y el espíritu se predispone al sentimiento, pasaban siempre, madre é hijo, por la *casa de la piedra*. Allí encontraban invariablemente al pequeño músico en su puesto.

¡Qué suave ternura brotaba de las cuerdas de su violín en tal hora! ¡Diríase que aquel germen de artista veía—con los ojos del alma—el crepúsculo, y sentía su influjo!

¡Cómo le gustaba á Gregorín oír tocar al ciegucecito!

Gregorín era humilde y caritativo, y al ver á aquel ser infeliz, niño como él, pero que tenía que ganarse el pan por sí propio, le compadecía y socorría con una parte de lo que sus papás le daban para dulces y juguetes.

Esta generosidad era recompensada por el socorrido con un sincero agradecimiento y con... un poco de música; eran sus únicos medios de compensación.

## III

Al pasar un día Gregorín, como de costumbre, acompañado de su mamá por el puesto del ciegucecito, ¡cuál no sería su asombro al verlo solo, más triste que de costumbre! ¡Solo... sin su inseparable compañero... sin su violín!...

El atribulado niño contó su desgracia. En un momento que se quedó dormido, un infame, un desalmado, le robó su pequeño y único tesoro: su querido violincito.

—La gente que pasa—decía—compadecida de mi desgracia, no deja de darme las *perillas*; pero eso es una limosna, no el producto de mi trabajo. No me falta, por tanto, á Dios gracias, la comida; pero es para mí muy vergonzoso que yo, *que puedo trabajar*, tenga que vivir de caridad. Créanme ustedes, esto es muy triste... muy triste...

—No te aflijas, amiguito. Nada has perdido—contestóle Gregorín—. Con lo que mis papás me dan para juguetes, compro nada más que los necesarios; el dinero restante lo guardo en mi hucha. Conservo reunidos algunos duros. Con ellos tendrás muy pronto un violín mejor que el que tenías.

Doña Gertrudis, al oír aquel sublime rasgo, abrazaba y besaba repetidas veces á su hijo anegada en lágrimas de ternura.

¡Veía nacer en aquella tierra, esmeradamente labrada por ella, el copioso fruto de la hermosa semilla que había sembrado!

## BAÑO DE ASIENTO

## II



—¡Pues no se ha metido en la cama sin desnudarse! ¡Emerenciano!... ¡Emerenciano!... Á ver si tirándole de las piernas... ¡Emerenciano!... ¡Que me ahogó!... ¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Vecinos!!! ¡Emerenciano, que me he caído en las cataratas del Niágara!... ¡Socorroo!... ¡Emerencianoo!!!!

El ciegucecito trataba de hacer desistir de aquel sacrificio á Gregorín. Este insistía en su empeño.

Cuando el papá del caritativo niño se enteró de los deseos de su hijo, al regreso del primer viaje que hizo á la ciudad le trajo un lindo y costoso violín, permitiéndole dejar intacto el dinero de la hucha que tan dispuesto estaba á sacrificar en aras del desvalido.

Imposible sería describir la alegría que experimentó el ciegucecito al recibir de manos de su bienhechor el nuevo y flamante instrumento. ¡Qué hermoso era! ¡El no lo veía; pero lo sentía, vaya si lo sentía!

La protección iniciada por Gregorín fué fortalecida por sus padres enviando al ciegucecito á un colegio para completar su instrucción musical.

Algunos años después, ya no era el misero de la *casa de la piedra*, sino todo un maestro, un genio, la admiración de cuantos le escuchaban.

Ya no vivía de las *perrillas* de los pasajeros del camino real de la villa de Y... Ganaba el dinero con creces en conciertos y teatros. ¡Era un coloso!

#### IV

Han pasado más años. Los padres de Gregorín han muerto.

En los últimos tiempos emprendieron arriesgados negocios, en los que la mala suerte se encargó de dar al traste con toda la fortuna. Pocos días sobrevivió el uno al otro.

Gregorín, ya hombre, se ve solo en el mundo y ante un sombrío porvenir. Imposible de todo punto terminar los estudios de su carrera empezada. Vese obligado á buscar una modesta colocación que le proporcione al menos lo indispensable para vivir.

¡Ah! Pero él trabajará, porque es joven y no carece de aptitudes. ¡No se arredrará ante la lucha por la existencia!

Sí. Él tiene en Madrid un amigo de la infancia. Le ayudará, de seguro, en su empresa... Sí; el ciegucecito, el ciegucecito, que es ya un eminente músico, que vive en la corte rodeado de gloria y en una brillante posición gracias á los sentimientos caritativos de Gregorín, secundados por sus padres, y á su propio genio... Aquel músico ciegucecito, hoy eximio compositor, consumadísimo maestro en el divino arte de Apolo, que habita una preciosa casa, que posee fincas, muchas fincas, y vive con las comodidades que jamás soñara...

Gregorín va á Madrid. Relata á su amigo la triste historia de la muerte y ruina de sus padres, y la precaria y desesperada situación en que hoy se encuentra. Viene á pedirle su protección; á que le dé ó le consiga trabajo. Él está dispuesto á trabajar, á trabajar mucho.

Oyendo el músico al que en otro tiempo fué su protector, de sus nublados ojos se desprenden dos gruesas lágrimas. De buena gana le hubiera dicho:

—Gregorín, mi generoso amigo: todo lo que poseo, á ti y á tus padres lo debo. Tómallo, es tuyo, nada me pertenece...

Pero bien sabía él que no había de ser aceptado aquel ofrecimiento. ¡Sería una limosna para quien sólo venía buscando honroso trabajo.

#### V

Gregorín, el actual administrador de los bienes del ciegucecito (los que, desde que están bajo su hábil dirección, aumentan considerablemente), gana un crecido sueldo y es partícipe de un muy regular tanto por ciento en los beneficios.

Ha ahorrado mucho y se ha casado con una virtuosa y distinguida señorita: un ángel de candor con quien comparte su renaciente felicidad.

Sus economías le han permitido última-

mente formar, en sociedad con el ciego-cillo, una casa de crédito, cuya reputación y pingües resultados aumentan de día en día.

Gregorín está próximo á ser padre.

Sueña ya con infiltrar en el alma de la carne de su carne las santas máximas que su adorada madre le inculcara á él.

¿Serán también sus hijos tierra fértil en la

que copiosamente fructifique la semilla del bien?...

Se propone cultivarla para tal fin.

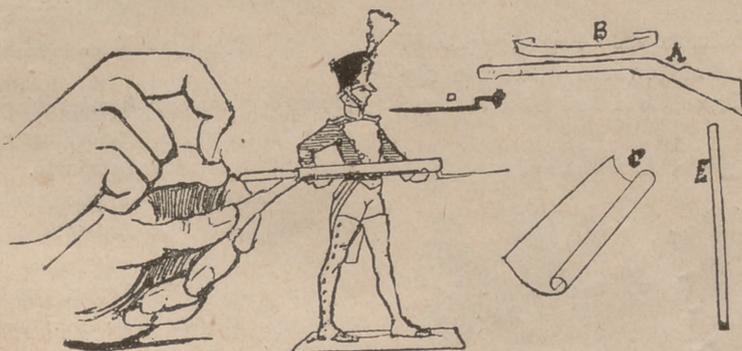
Considéralo el único medio de crear seres útiles, y que serán siempre felices, aun en los tiempos de contrariedad é infortunio por los que hemos de pasar irremediamente, más tarde ó más temprano, todos en lavida.

ADOLFO J. TOPHAM.

## FUSILES DE PAPEL <sup>(1)</sup>

CORTAD una tira de papel fuerte, enrolladla en forma de cañón y pegadla en un fusil de cartón que podéis cortar imitando alguno de madera que de seguro tenéis en casa. Luego

Sujetad suavemente la culata del fusil con la mano izquierda, y con la derecha pegad un papirotazo á la cerilla. Y tened por seguro que si hacéis esto *sin tocar con el dedo al*



Un fusilero del ejército del rey «Papyrus».

A.—Fusil de papel, sólidamente pegado al cuerpo del militar. B.—Portafusil. C.—Cañón del fusil en el momento de estarle construyendo. D.—Bayoneta construída con un alfiler doblado. E.—Proyectil, que consiste en media cerilla *sin cabeza*, para evitar explosiones, que están prohibidas en las guerras modernas.

le colocáis horizontalmente en las manos de un soldadito.

Para disparar introducid á medias en el cañón del *maúser* un proyectil que, como sabéis, consiste en una cerilla sin cabeza, cortada por la mitad.

(1) Véase en el número anterior LA GUERRA ENTRE PAPIRUS Y PLOMBUS.

*fusil*, la bala irá á parar á una distancia que no será menor de dos metros.

He aquí cómo el rey, Papyrus al inventar los fusiles que sirvieron á sus tropas para derrotar á las del insurgente Plombus, proporcionó á los niños un bonito modo de entretenerse sin gastar dinero en juguetes.

GUILLERI.

## JUAN Y PERICO

(Historia de un mirlo sabio)

(CONTINUACIÓN)

ERA preciso estudiar otro plan de ataque el Turco se consideraba incapaz de estar contemplando un hueso veinticuatro horas sin hincarle el diente. Aquello era el suplicio de Tántalo. Que le mandaran otra cosa; pero aquello, de ninguna manera se comprometía á cumplirlo.

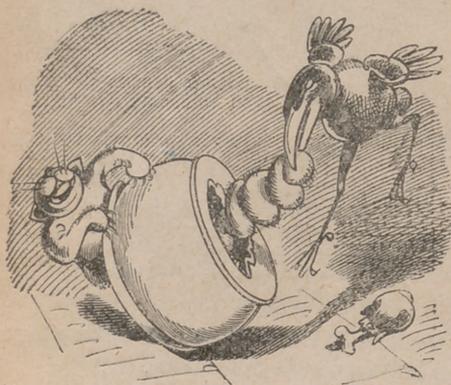
Perico estudió el terreno. Después de haberle examinado á derecha é izquierda, lanzó un grito gozoso:

—¡Ah!... ¡Ya he hallado el punto débil de la fortaleza! ¡Hay una tronera!

Ya habréis comprendido que la «fortaleza» era una metáfora de Perico, pues allí no había otra «construcción» que el vaso de noche.

Pero algo había visto Perico, que, como sabéis, no era ningún rana, y fué una rotura en el cacharro, de la cual no se dió cuenta la gata.

Mientras que en posesión del hueso daba



Perico tiraba de la cola de la Canela.

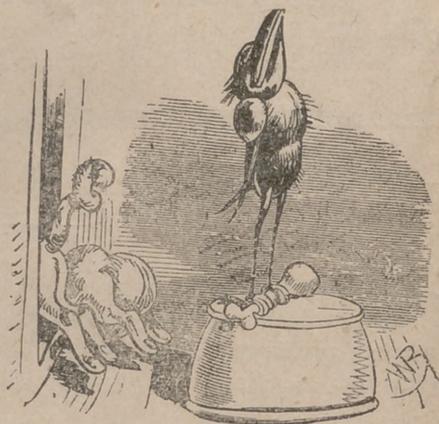
frente á sus enemigos, su cola asomaba por aquello que Perico había llamado metafóricamente una tronera del castillo.

En cuanto el mirlo se dió cuenta de la si-

tuación consideró ganada la batalla, y, dando media vuelta sobre el cacharro, gritó al Turco:

—¡He aquí el momento! Turco, ¡ataquemos, y á ver dónde están los bravos!

El astuto mirlo no quiso arriesgar su im-



Comenzó á cantar un himno.

plume *persona* y se afirmó perfectamente encima del cacharro, á semejanza de un avezado guerrillero en su barricada.

El Turco, estimulado por aquel «á ver dónde están los bravos», cometió la torpeza de lanzarse al ataque.

La Canela le dejó llegar, y cuando le tuvo al alcance de sus uñas, con inaudita saña se las clavó en las orejas.

No os figuréis que el Turco ladró al sentir las uñas de la gata clavadas en la parte más sensible de su individuo; el mismo dolor le dejó mudo; ni siquiera pudo articular un débil gemido.

Por su fortuna, el mirlo atacó al enemigo por retaguardia, hallando de este modo una agradable diversión y haciendo menos doloroso el suplicio del pobre can.

¡El ataque fué imprevisto é irresistible! Perico asió fuertemente con su pico la soberbia cola de la Canela y tiraba hacia arriba con una energía superior á lo que de él

ahora que se le ha pasado el capricho, observa que no sirve para el caso, que en su corazón es oficial de marina; y siempre está luchando en su interior entre su inclinación natural y los sentimientos que debe tener un pastor de almas.

—¿Y por qué no se puede despedir por medio de un consejo de guerra á los capellanes, ó por qué éstos no pueden renunciar al servicio como todos los demás?

—No puede ser: sirven al cielo y hay diferencia entre uno y otro servicio.

—Dejemos eso, porque yo no lo entiendo. ¿Cuándo nos damos á la vela?

—Pasado mañana.

—¿Para Tolón?

—Sí; pero supongo que al ir hacia allá tocaremos en la costa de España. Todo buque de guerra lleva necesariamente ese camino.

—No, porque el viento sopla del Sur subiendo por el Mediterráneo.

—Quizá hará usted alguna otra presa, Juan Cuidado no se vaya usted con la ordenanza en el bolsillo.

—A quien llevaré con preferencia en ese caso, será á Mesty, si es posible. Pero amigo mío, ¡qué abominable es la estancia en la camarata de los guardias marinas cuando uno ha estado en tierra por algún tiempo! Le declaro á usted que necesito subir á cubierta y, por lo menos, lograr una vista de la tierra ya que no pueda otra cosa.

—¿No hace aún diez minutos que está usted aquí y ya se cansa?

—Sí; pero diez minutos que me han puesto malo, y necesito que el primer teniente me dé una dosis de su curalo todo.

—Oiga usted, Sr. Franco, es preciso que á los dos nos den medicina el mismo día.

—Eso se supone, pero aguarde usted que estemos en Malta.

Juan subió sobre cubierta, hizo conoci-

miento con el capellán y con algunos de los oficiales que no había visto antes; luego trepó hasta la cofa mayor y tomó asiento sobre la barra mirando á la playa y pensando en los acontecimientos que habían pasado.

La *Aurora* se hizo á la vela y con fina brisa tomó el rumbo al Nordeste; una mañana se encontró á la vista de la costa de España, antes de que se avistase la escuadra de Tolón. El Sr. Pottyfar sacó las manos de los bolsillos porque no podía examinar la costa con el catalejo sin hacer antes aquella operación; pero debe decirse en su disculpa que era la primera vez que lo hacía en el alcázar de popa desde el día en que el buque había salido de Mahón. Wilson estaba también ocupado con su antejo; lo mismo muchos oficiales y guardias marinas, y los hombres que estaban de vigía en los masteleros, ejercitaban su vista; pero nada se divisó sino unos cuantos barcos pescadores. Bajaron á almorzar mientras el buque continuaba costearlo.

—¿Qué apuesta usted, Sr. Franco—dijo uno de los marineros—, á que no vemos ningún buque hoy en que poder hacer presa?

—No apuesto á eso; pero apuesto lo que usted quiera á que no capturamos uno antes de las doce de la noche.

—Venga por este lado el té—dijo otro— porque voy á entrar de cuarto.

—La mañana es hermosa—observó uno de los ayudantes, llamado Martín—, pero me parece que la noche será mala.

—¿Por qué?—preguntó otro.

—Ocho años he estado en el Mediterráneo y sé lo que pasa respecto al tiempo. El aspecto del cielo es lluvioso y el viento se presenta muy constante. Si esta noche no tomamos dobles rizos, digan ustedes que soy un mal profeta.

—También lo será usted si navegamos á palo seco.

—Usted tiene una lengua muy larga, jovencito. Franco, déle usted de mí cuenta un tirón de orejas.

—Suavemente, Franco—dijo el muchacho riéndose.

—¡Todo el mundo á las velas! — gritó una voz—. ¡Gente á las escotillas!

—Ya estamos—gritó Gascoigne tomando su sombrero y saliendo de la cámara seguido de todos los demás, excepto Martín, que acababa de ser relevado y pensó que su presencia en el combés no era necesaria, á lo menos por entonces, hasta después de haber tomado una taza de té.

En efecto, una galera y cuatro buques de vela latina se habían presentado hacia el Este, y tan luego como vieron la fragata, cifieron el viento. Al cabo de pocos minutos, la *Aurora* había desplegado todas sus velas y los anteojos se dirigieron hacia los buques.

—Todos van muy cargados — observó Hawkins el capellán—. ¡Qué rizada va la vela de cofa de la galera!

—Llevan viento fresco—indicó el capitán al primer teniente.

—Sí, señor; y se va aumentando rápidamente.

—¡Gente á las drizas!—gritó el capitán.

La *Aurora* iba aumentando su velocidad á medida que la brisa crecía.

—Mastelero de juanete y brizas...

—Orce usted cabo, orce usted. Hay que barloventar—dijo el contramaestre.

—Los que están en las cofas, cargad las velas del sobrejuanete. Capitán Wilson, ¿quiere usted que las recojamos? Temo que se rompa ese palo porque se dobla como el látigo de un cochero—dijo el señor Pottyfar, sin sacar las manos de los bolsillos.

—Recoged las velas de sobrejuanete—dijo el capitán.

—Ya lo hacen—contestó el segundo teniente.

—Mirad, ya vamos llegando á los buques—agregó el capellán—. Haga usted rizar las velas de estáis, Sr. Pottyfar.

—Sí, sí, para virar por adelante.

Rizáronse las velas y el timonel hizo el movimiento requerido.

—Muy bien, muchachos—dijo Wilson.

La brisa había aumentado considerablemente aunque el mar no estaba agitado, y la *Aurora* caminaba á razón de ocho millas por hora.

—¿No se lo decía yo?—indicó Martín á sus compañeros que estaban en el portallón —; pero todavía no ha llegado lo bueno.

—Es preciso recoger las velas de juanete—agregó el capitán mirando á la arboladura.

Recogióronse, y entretanto, la fragata había ganado bastante camino sobre los buques, los cuales habían desplegado todas sus velas procurando tomar la costa.

La *Aurora* les puso la proa; en aquel momento el cielo, que había estado claro toda la mañana, se cubrió oscureciéndose el sol con nubes opacas y levantándose el mar apresuradamente.

Al cabo de diez minutos se habían tomado dobles rizos y los golpes de viento iban acompañados de gruesa lluvia. La fragata hendía las olas levantando espuma en su carrera y haciendo fuerza de vela; el horizonte se iba espesando de tal manera que ya no se veían los buques enemigos que se habían señalado á proa.

—Espero que llegaremos sobre ellos—dijo Wilson.

—¿No se lo decía yo á usted?—observó Martín á Gascoigne—. No tendremos presas hoy, téngalo usted por seguro.

—Necesitamos otro hombre al timón, señor capitán — dijo el cabo de mar que estaba ayudando al timonel.

El Sr. Pottyfar, con sus manos en los bolsillos, se hallaba junto al cabrestante de proa y dijo:

—Temo que tengamos que recoger la vela mayor.

—En efecto—dijo el capitán—, en eso estaba pensando.

—Capitán Wilson ¿no le parece á usted que vamos muy ceñidos y que sería bueno tomar un poco la vuelta de afuera?

—Sí, Sr. Jones, es preciso; muchachos, arriar la mayor.

La mayor fué recogida y la fragata pareció descansar inmediatamente, cesando sus grandes cabeceos.

—Estamos cerca de tierra, capitán, y en la oscuridad no se columbra nada. ¿No será mejor retirarse un poco?—preguntó el oficial mayor.

—Sí.

Ya era tiempo, porque la fragata viraba describiendo un círculo; al pasar á sotavento observaron los arrecifes de la costa que estaba sólo á dos cables de distancia.

—No tenía idea de que estuviésemos tan cerca—observó el capitán comprimiendo los labios—. ¿No se ven los buques?

—Hace un cuarto de hora que no los diviso—contestó el vigía protegiendo su antejo contra la lluvia por medio de su chaqueta.

—¿Adónde llevamos la proa, cabo?

—Al Sur Sudoeste.

El cielo tomó un aspecto diferente; las nubes, un tanto blancas, habían sido reemplazadas por otras pardas y negras; el viento rugía por intervalos y la lluvia caía á torrentes. El capitán bajó á su cámara para examinar el barómetro.

—El barómetro ha subido—dijo volviendo sobre cubierta—. ¿El viento está bien entablado?

—No señor, varía en tres puntos.

—Concluirá por establecerse en Sudoeste.

Las velas, empapadas en agua, azotaban los palos á impulsos del viento.

—¡Caña á barlovento!, cabo.

—Ya está.

El viento cedió un poco, la lluvia caía como un diluvio; sucedió un minuto de calma y la fragata descansó.

—Gente á las brazas de las vergas—ordenó el capitán—. El viento nos va á tomar en facha antes de un minuto.

Así sucedió; apenas se había ejecutado la maniobra de bracear las vergas, cuando el viento, con gran rugido, saltó al Sudoeste, y fortuna fué que la tripulación estaba preparada. Entonces el mayor preguntó al capitán qué rumbo debían llevar.

—A barlovento—observó el capitán tomando la cabrilla de maniobra—. Ponga usted la proa al cabo Sicia, Sr. Jones.

Y la *Aurora* huyó delante del viento con sus velas de trinquete y gavias muy rizadas. La niebla era tan espesa á la sazón, que nada podía verse á veinte varas del buque; retumbaba el trueno, y el relámpago brillaba en todas direcciones sobre el negro horizonte.

Se estableció la guardia luego que se braceó el aparejo, y todos los que quedaron libres bajaron á las cámaras mojados y descontentos.

—Es usted un gran profeta Martín—dijo Gascoigne.

—Sí lo soy; pero todavía tiene que venir lo peor. Recuerdo que á unas doscientas millas de donde ahora estamos, hallándome yo á bordo de la *Favorita*, tuvimos un temporal que casi nos hizo zozobrar y en aquel momento...

Antes de que concluyera Martín su relación, se oyó un estrépito tremendo sobre cubierta y el buque sintió un choque que hizo temblar toda su armazón como si fuera á deshacerse en pedazos. Oyéronse gritos seguidos de lamentos, las cámaras se llenaron de humo y el buque se recostó sobre una banda.

Los que ocupaban el rancho de los guardias marinas y de la tripulación se encaminaron á la cubierta y se asomaron por las escotillas, no sabiendo todavía qué pensar, pero convencidos de que algún terrible accidente había ocurrido.

Al llegar á cubierta todo quedó explicado; el trinquete de la fragata había sido herido por un rayo y destrozado, cayendo sobre la mura de babor y llevándose consigo un mastelero de gavia y el botalón de foque. El trozo endentado del trinquete estaba ardiendo á pesar de la lluvia que caía á torrentes.

El buque tomó por abante furiosamente, arrojando á varios hombres sobre la rueda del timón y despidiéndolos sin sentido contra los cañones. El castillo de proa, la parte delantera del puente y hasta la cubierta estaban sembrados de hombres muertos, heridos ó insensibles á causa del choque eléctrico.

La fragata había dado de banda y la mar rompía furiosamente sobre ella.

El cielo estaba negro, y solamente la luz del tronco ardiendo del trinquete aparecía como una antorcha á la cual acompañaba á veces la luz fantástica de los relámpagos, mientras los truenos ensordecían á los tripulantes que habían quedado en pie.

Todo fué desaliento y confusión por espacio de uno ó dos minutos. Al fin el capitán Wilson llamó al carpintero y mandó llevar hachas. Subieron á cubierta. El capitán les señaló el palo de mesana. En

pocos minutos éste cayó, y poniéndose el timón derecho, la fragata se fué levantando lentamente. Pero el horror de la escena no había concluido todavía.

El contra maestre fué conducido á la cámara ciego completamente. Los hombros desparramados sobre el puente, fueron también recomendados al cuidado de un cirujano; pero en aquel momento se oyó el grito de ¡fuego!, lanzado en el interior del buque.

En efecto, el incendio había prendido en la carbonera y en la carpintería, y el humo, que ya subía á cubierta, era intenso.

—Que el tambor toque generala—gritó el capitán Wilson—; todo el mundo á su puesto. Que se preparon las bombas y pasen los cubos de mano en mano. Señor Martín, cuide usted de que los heridos sean llevados abajo. ¿Y cómo está el señor Haswnl? Sr. Pottyfar, coloque usted la gente para que pasen el agua de mano en mano hasta el sitio del incendio. Yo mismo voy allá. Sr. Jones tenga usted cuidado de la maniobra del buque.

Pottyfar, que acababa de sacar las manos de los bolsillos, se apresuró á obedecer las órdenes, mientras bajaba el capitán á examinar el incendio.

—Juan—dijo Gaseoigne— este tiempo es muy diferente al de esta mañana...

—Sí, en efecto; pero yo pregunto, Gaseoigne: ¿qué debemos hacer? En tierra, cuando una chimenea arde, se le echa una manta mojada encima y se apaga el incendio.

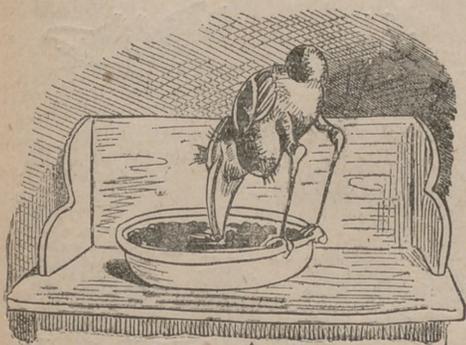
—Sí, pero cuando arde la carbonera á bordo, me parece que no ha de ser suficiente.

—De todos modos, las mantas empapadas en agua, deben ser buenas. Por consiguiente despojemos las hamacas, cortemos las cuerdas y tomemos algunas; no

podiera esperarse. Al mismo tiempo gritaba sin soltar su presa por supuesto, con voz zumbona:

—¡Defiende tu cola, Canelita.

La situación de la pobre gata era demasiado crítica é insostenible. Ella había apresado



Con el pico metido en el tintero...

entre sus uñas las orejas del Turco, es verdad, que se batía en retirada; pero, ¿y su cola, su propia cola, cómo defenderla de aquel dolor intenso?

La pobre Canela mayaba tristemente, mientras que el desalmado Perico salta por acá, aletea por allá, hac'a con su cola un tirabuzón. El Turco seguía ladrando de un modo horrible, porque tan grande era el dolor de la gata, como su saña en las orejas del perro.

Al fin comenzó á faltar el aliento al mirlo, y apenas abrió el pico, la gatá soltó al perro y salió de estampía, y detrás el Turco, libre ya de aquellas garras que le atenaceaban las orejas.

Quedóse Perico dueño del campo de batalla, y orgulloso como un capitán que acaba de ganar inexpugnable fortaleza, subióse en el cacharro y, reteniendo entre sus patas el hueso que tan difícilmente había conquistado, comenzó á cantar el himno de las grandes victorias.

¡Se consideraba entonces el Rey de la Creación!

### CAPÍTULO III

Cuando Perico se cansó de cantar, abandonó desdeñosamente el hueso y salióse afuera. Ya no tenía nada que hacer en la cocina. En cambio le esperaban nuevas hazañas en otras habitaciones.

Ya en la portalada, vió una puerta entreabierta; penetró por ella y hallóse en el despacho. En él había una antigua mesuca donde la abuela de Juan ajustaba las cuentas de sus colonos... y las cantidades que por réditos tenía que cobrar de aquellos á quienes diera en préstamo dinero ó granos.

Encima de la mesa vió Perico un cacharro de porcelana, dentro del cual había una pelota de hilacha y un líquido que él no conocía, pero que debía ser cosa buena cuando lo tenían en aquel sitio.

Metió primero las patas y luego el pico. ¿Qué sería aquello? ¿Almíbar acaso?

En cuanto le probó y advirtió su mal gusto, comenzó á espurrear sobre el mobiliario lo que ingeriera con tanta fruición. No, no era almíbar aquello. Si acaso, sería un vene-



Como el líquido estaba amargo...

no que colocó allí la anciana para vengarse del picotazo que le había propinado. ¡Y cómo manchaba el endemoniado líquido!

En esto llega la anciana. Traía en la mano

la cuchara de que se sirvió para espumar la sopa, y al ver cómo había puesto de tinta la mesa y los muebles el dichoso pajarraco, lanzóse tras él, dispuesta á reventarle de un cucharetazo.

Su cólera era disculpable, porque todos sabéis cuán difícil es limpiar la tinta.

Viéndose el mirlo perseguido, escapó por detrás de una cortina y recorrió todo el cuarto, seguido siempre por la anciana, y dejando en todas partes huellas de tinta.

—¡Dios mío!— gritaba la señora—. ¡Este malditaino pa'aruchó me lo estropea todo! ¡Que no se le hubieran roto las manos á Juan antes de traerle!

Ya cansado, Perico buscó refugio en el cuarto de la plancha, y ¡aquí fué Troya! Sobre una tabla tenía puestas á secar la anciana varias prendas blancas que había planchado, y por encima de ellas pasó Perico como un rayo destructor, dejando tras sí una estela negra. En unas piezas dejaba marcados sus cinco dedos; en otras, los diez; pero en todas, sobre la blanquísima tela, quedaban aquellas manchas imborrables.

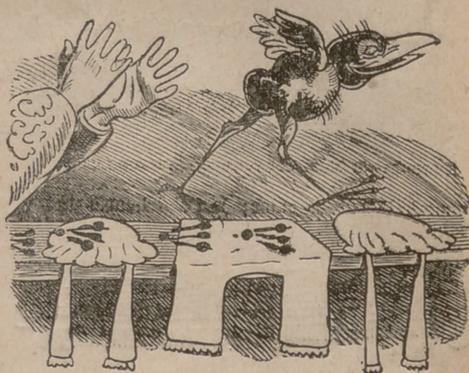
—¡Misericordia divina!— exclamó la an-



La anciana le quiso pegar y Perico salió de estampía. ciana en el co'mo de su desesperación—. ¡Hoy le mato, sí, le mato!

Y cogiendo una plancha que sobre la tabla estaba, arrojóla al mirlo, mas con tan ma-

la suerte, que dió con ella en la puerta vidriera del estrado, la cual atravesó después de hacer el cristal mil pedazos, y fué á estrellarse en un cuadro en que estaba el retrato de su difunto esposo (el de la anciana) en traje de miliciano, y con unos bigotazos que



Dejaba las huellas de su paso encima de la ropa recién planchada.

infundían espanto. También quedó destrozado el cuadro.

Perico escapó ileso y fué á ocultarse en la despensa entre dos pilas de platos.

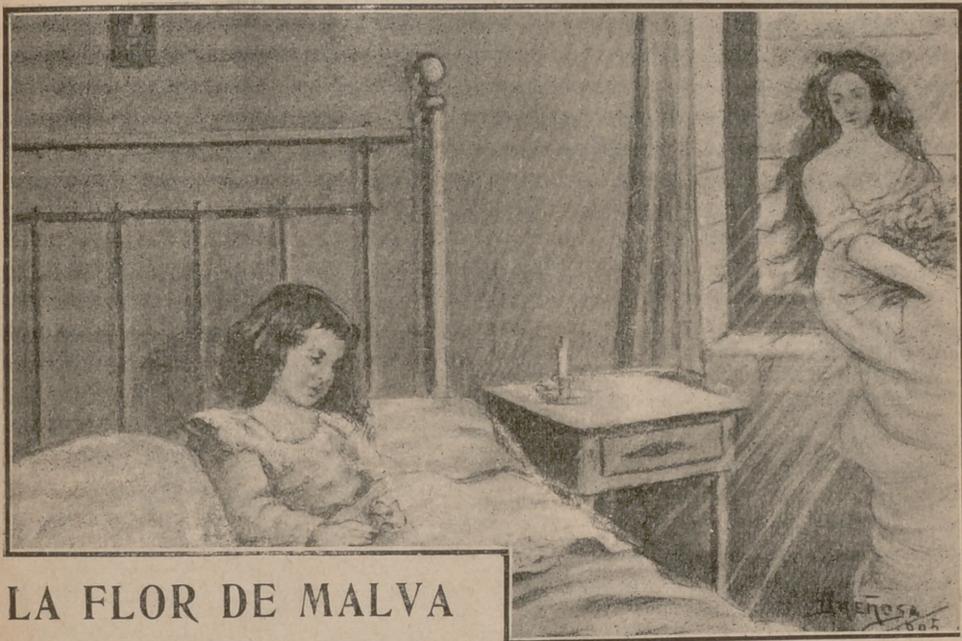
El destrozo causado había sido tan grande, que la anciana le perseguía ciega de ira, y aunque se hubiese escondido en las entrañas de la tierra, allí fuera á buscarle.

Cuando la anciana entró en la despensa, Perico quiso huir, y apenas se movió, las pilas de platos vinieron al suelo.

Ya estaba ciego también el mirlo. La tenacidad con que era perseguido hacía sospechar lo que le esperaba: muerte ignominiosa, muerte ignorada. Matado en el campo por el certero tirador de algún galopín, al menos habría tenido el consuelo de que alguien le viera en el suelo y le compadeciese. Pero allí no le esperaba otro fin que ser devorado por el Turco y la Canela, los cuales harían las paces ante sus despojos.

M. VENET.

(Se continuará.)



## LA FLOR DE MALVA

### I

Era la tarde apacible,  
 espléndido el sol brillaba,  
 y ni el celaje más leve  
 sus fulgores empañaba.  
 Aquella tarde Luísi  
 bajó al jardín de su casa,  
 donde las flores más bellas  
 sus perfumes exhalaban.  
 Cual mariposilla alegre,  
 que vuela de rama en rama,  
 iba mirándolas todas  
 aunque sin fijarse en nada.  
 —Quiero hacer un ramo—dijo—,  
 pues ya que hay flores tan variadas,  
 escogeré las más bellas  
 en colores y en fragancia.  
 Esta rosa purpurina,  
 esta amarilla, es'a blanca,  
 un clavel rojo de fuego,  
 una azucena, una dalia...  
 Aquí debe haber violetas...  
 ¡Qué tonta!... ¿pues no cortaba

en vez de violetas finas  
 un grupo de flor de malva?  
 ¡Vaya unas flores!... ¡qué feas!  
 van con violetas mezcladas;  
 tendré que tirarlas todas,  
 to las voy á deshojarlas.  
 ¿Para qué quiero yo esto?  
 Pues para que nunca salgan  
 no voy á dejar ninguna,  
 todas voy á destrozarlas.  
 Y con sus pies diminutos  
 las flores pisó con rabia,  
 siendo sin piedad deshechas  
 cuantas á su paso hallaba.  
 En esto, el azul del cielo  
 cubrióse de nubes pardas,  
 y á poco, de aquellas nubes,  
 cayó á torrentes el agua.  
 El viento, que húmedo y frío,  
 con gran violencia soplabá,  
 aterró á la pobre niña,  
 ya hasta los huesos calada.

Corrió á su casa; su rostro,  
encendido cual la grana,  
con el ardor de la fiebre  
á su contacto abrasaba.

—Mamá—con angustia dijo—,  
yo estoy muy mala... muy mala;  
se me parte la cabeza,  
yo no sé lo que me pasa.

## II

Avisaron al doctor,  
que, calándose sus gafas,  
con voz sentenciosa dijo:  
—Tiene una fiebre muy alta;  
es un catarro; que sude,  
un par de días de cama,  
y flor de malva caliente,  
que hagan pronto la tisana.  
Para tomarlas más frescas  
fueron al punto á buscarlas  
al jardín, pues allí había  
de aquéllas gran abundancia.  
Pero el jardín recorrieron,  
y sólo unas flores lacias  
encontraron esparcidas  
y con el lodo manchadas.  
En tanto, la hermosa niña,  
en su lecho se agitaba,  
revolviéndose convulsa  
presa de terribles ansias.  
Un rayo de luna entonces  
penetró por la ventana,  
alumbrando el aposento  
con resplandores de plata.  
Blanca y esbelta figura,

dibujándose en la estancia,  
presentóse ante la niña  
como aparición fantástica.

En la rubia cabellera,  
flotando sobre su espalda,  
de malvas mil florecillas  
se ocultan y se entrelazan.

—No tengas miedo, no llores—  
dijo con voz dulce y lánguida—,  
lo que he de decirte escucha  
y no olvides mis palabras.

Soy el hada protectora  
de las flores y las plantas,  
y aquí he venido en defensa  
de unas flores despreciadas.

Tú las pisaste creyendo  
que nunca te hicieran falta,  
y ahora que las necesitas  
las buscas y no las hallas.  
Mas yo que me compadezco  
de tu madre y de sus lágrimas,  
para curar tu dolencia  
yo haré que frescas renazcan.

Y otra vez nunca desprecies  
ni aun á las cosas más bajas,  
que puede ser que algún día  
tengas que necesitarlas.

## III

De flor de malva caliente  
la dió su madre una taza,  
y al verla dijo la niña:

—¿Son las que me trajo un hado?

JUAN REDONDO Y MENDUÑA.



## LA TRAGEDIA DE MARGARITA

A media mañana sonó el timbre y la cocinera salió á abrir. Era el cartero.

—¿Margarita Goicoaquicorrotea? — preguntó.

—Yo soy—respondió la feliz poseedora

zándose el pelo, asustada se quemó la frente y ordenó con mal humor á su hija Juana:

—Ve á ver qué le pasa á Margarita.

Margarita Goicoaquicorrotea es—no hay que decirlo—guipuzcoana. Nació en un blan-

co caserío que sonríe entre colinas verdes y arroyuelos susurrantes. Pequeña aún marchó á San Sebastián á servir, y allí estuvo hasta que se casó con un primo suyo, volviendo entonces al campo. Pero enviudó pronto. Luego se casó su hija, y como tuvo numerosa descendencia, Margarita, por no serles gravosa, tornó al servicio. Había estado en Bayona dos años, de donde tomó la costumbre de tocarse con un pañuelito rodeado de un pequeño encaje, lo que le daba cierta autoridad entre la servidumbre.

Llegó Juana á la cocina, y al ver á Margarita llorando con aquel desconsuelo, sintió oprimido el corazón y se echó á llorar también.

Viendo que Juana no volvía y los llantos continuaban, la señora envió á la otra hija, Isabel.

La cual llegó, miró alternativamente á la cocinera y á su hermana, y sin poder contenerse, rompió á jipiá.

La señora, en ascuas, pero sin atreverse á abandonar la importante tarea del rizado, dió una voz:

—Alvaro, vete á ver qué le pasa á Margarita.

Y Alvaro, que se rompía los codos estudiando la ingrata conjugación de los verbos



de tan poético nombre y tan enrevesado apellido. Y buscando en el bolsón de su falda largo rato, sacó al fin, entre migas y pelusa, una moneda de cinco céntimos.

Cerró luego la puerta, y ufana marchó á la cocina con su carta en la mano. Pero apenas la hubo leído se echó á llorar, ¡qué digo á llorar!, á gritar, á gemir, á berrear, á escandalizar la casa.

Y su señora, que estaba en el tocador ri-

irregulares, salió de estampía... y se encontró con aquel lastimero cuadro. Las lágrimas son tan contagiosas como la risa y el bostezo... En vano Alvaro pretendía contenerse oprimiendo los ojos con los puños cerrados. Pronto á sus pies se formaron dos charquitos.

Y sucesivamente fueron llegando Dionisio y Modesta, que jugaban en el pasillo, los cuales, tirando los juguetes, formaron, sin necesidad de invitación, en el coro.

Y hasta *Lalin*, á quien todos abandonaron, llegó arrastrándose, y comprendiendo con su instintiva perspicacia que allí ocurría algo grave, rompió en la más tremenda llorique-  
ra que han escuchado los siglos.

Con ésto, el escándalo aumentaba y las ventanas del patio llenábanse de criadas curiosas, y hasta en la calle, adonde llegaba un vago rumor de gritos, parábase la gente con el presentimiento de una desgracia.

Y los otros seguían llorando.

Por fin Margarita pudo hablar.

—¡Santo Cristo de Lezo, qué desgracia!— articuló.

Y el suspiro ó mugido siguiente se oyó en la Mandchuria.

—¿Pues qué ha pa... sa... do? — preguntó entre jipíos Juana.

—¡Que se ha muer... to, que lo han ma... ta... do!—Y entonces el estrépito fué tan formidable que llegó á oídos de la pareja, que dormitaba dulcemente á la sombra de un farol.

—¿A quién? ¿A su nieto?—siguió preguntando Juana.

—¡Ay, ay, ay! ¡Peor! — suspiró la dulce Margarita.

—¿A su yerno?

—¡¡Peor!!

—Entonces ¿á su hija?

—¡A un ternero que no tenía más que dos meses y pesaba tres arrobas! ¡¡Lo ha matado el tren!! ¡¡¡Pobreci...!!!

Los sollozos la ahogaron. Los niños, comprendiendo su pena, la acompañaban con valentía. La casa, la calle, casi la ciudad, estremecíanse de terror ante los descompasados y lastimeros gritos. Y en el suelo, sobre los rojos y brillantes ladrillos, la blanca carta, cruzada de desiguales renglones, pregonaba la horrible tragedia.

S. JIMÉNEZ.

## EL CIPRÉS Y EL GUSANO

### FÁBULA

*Siempre apoyando sus pies  
sobre el ramaje lozano,  
logró llegar un gusano  
á la cumbre de un ciprés.*

*Alzó entonces la cabeza,  
y al mirarse á tanta altura,  
con orgullosa locura  
gritó á la Naturaleza:*

*—Deja á un lado el corazón:  
para llegar hasta el cielo  
basta y sobra con el vuelo  
de tu soberbia razón.*

*Mírame á mí, que abordé  
mi calle de la Amargura,*

*y con mi esfuerczo, á la altura  
de mis delirios llegué.*

*—¡Pobre!—murmuró el ciprés  
ayudado por el viento.—  
Dime: ¿quién es el cimientto  
de esa altura en que te ves?*

\*\*\*

*¡Pobre corazón humano,  
orgullosa si se eleva,  
cuando el Hacedor le lleva  
como el ciprés al gusano!*

JOSÉ MARÍA MACÍAS



## HÉROES DE LA NATACIÓN

Como todos los ejercicios de fuerza, la natación tiene sus héroes en la antigüedad y en los modernos tiempos.

Leandro, el intrépido griego de Abydos, fué el primer héroe de la natación de que hay memoria, quien, como es sabido, para ver á Héro, sacerdotisa de Venus, atravesaba el Helesponto todas las noches á nado.

Horacio Cocles (1), en los primeros tiempos de Roma, defendía solo contra el ejército de Porsena la entrada del puente Sublicius, en tanto que sus compañeros lo destruían; y, cuando lo cortaron, se arrojó al Tiber, completamente armado, y atravesándolo á nado, entró en Roma sano y salvo.

Quintilio Sertorio, general romano, pretor de Mario en las galias, gravemente herido en la cabeza, atravesó nadando el Ródano.

Cáyo Mario, vencedor de los teutones y de los cimbrios, ídolo del pueblo, fué expulsado de Roma por Sila; y á fin de salvarse de los emisarios que, pare matarle, envió en su busca, se arrojó al mar y alcanzó, nadando, el buque que le condujo al Africa.

Sixtilio que, á la sazón, gobernaba la Libia, al saber su llegada, le intimó la orden de

(1) Cocles quiere decir tuerto, sobrenombre que dieron al valeroso Horacio que había perdido un ojo en un combate (507 años antes de J. C.).

salir de aquella provincia; obteniendo por respuesta el emisario estas altivas palabras: «*Ve á decir á tu amo que has visto á Mario, errante y fujitivo, sentado sobre las ruinas de Cartago.*»

Julio César, sitiado en Alejandría, salió nadando llevándose sus manuscritos y sus armas.

Camoëns, el inmortal poeta portugués, al regresar de su destierro en Makao, donde escribió las *Lusiadas*, naufragó en las costas de Cochinchina, y se salvó á nado llevando en la mano, fuera del agua, el manuscrito de su célebre poema.

Lord Biron, atravesó el Bósforo, nadando, el 3 de Mayo de 1810.

En nuestro tiempo, el capitán Boyton, primero, y luego otros intrépidos nadadores han atravesado de igual modo el Canal de la Mancha.

B. DE O.

---

## CORRESPONDENCIA

Aurelius Sterrico.—La Línea.—Muy bien la solución que remite.

M. Samperio.—Madrid.—Primero póngase usted á bien con la Ortografía, y luego hablaremos de sus pretensiones, que me parecen un tantico prematuras.

Ana Valencia.—La Línea.—Versifica usted con bastante soltura, pero lo que remite no es admisible porque no publicamos nada de toros.

Miguel Partal Triviño.—Idem.—Aplíquese lo que digo á la Sta. Valencia. Los números atrasados cuestan á 25 céntimos.

Victoriano Aguilera.—Córdoba.—Siento no poder insertar su trabajito porque llega cuando ya está compuesto el número de Carnaval; pero yo espero que enviará otra cosita.

Blas Pérez Cía.—Madrid.—Entra en turno.

Adolfo Lluch.—Barcelona.—Veo con gusto que va usted haciendo pinitos; pero aún tiene que estudiar á fin de que los versos resulten publicables.

Fernando Torres.—Madrid.—El cuentecillo tiene gracia. Dígame si lo ha escrito usted ó le ha copiado; y no se ofenda por la franqueza, porque á lo mejor...

José Hermoso.—Logroño.—Estudiaré su envío, y creo que lo verá en letras de molde.



### CHARADA CAMELOSA por A. J. Topham.

Dos niños juegan cada uno con un juguete que han bautizado con el nombre de RA. El mayor pide al pequeño su juguete y lo divide en dos pedazos, y al decirle lo que acaba de hacer con su juguete pronuncia un término musical de *cuatro* sílabas.

### CESTO NUMÉRICO por Gil Farrán.

|                     |                        |
|---------------------|------------------------|
| 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 | En los Estados Unidos. |
| 1 3 1 6 4 6 7       | Provincia española.    |
| 3 8 9 1 2 3         | Calle de Madrid.       |
| 8 9 1 3 0           | Tiempo de verbo.       |
| 4 9 7 3             | Flor.                  |
| 8 6 4               | Río.                   |
| 4 6                 | Nota musical.          |
| 7 3 5               | Condimento.            |
| 4 3 8 3             | Animal.                |
| 1 3 7 8 9           | Nombre de varón.       |
| 1 3 0 8 9 0         | Ciudad china.          |

### FUGA DE VOCALES por Manuel Caldeiro.

D.l.d.s.rt. y d.l.t.mb.  
l.s.l.d.d.n.m.sp.nt.  
l.s.l.d.d.q.y.t.m.  
.s.l.s.l.d.d.l.lm.

### JEROGLÍFICO por A. San Gil.

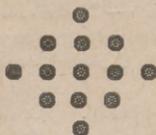
## D Francia

# K

### CHARADA RÁPIDA por A. de Górgolas.

En *segunda* de *primera*  
van mil *todos* por la acera.

### ROMBO por José de Torre.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, consonante; 2.º, para volar; 3.º, para escribir; 4.º, tiempo de verbo, y 5.º, vocal.

### JEROGLÍFICO por Ignacio Sanchís.

PA lo { CANTÁBRICO  
AMARILLO  
NEGRO

## SOLUCIONES

A la adivinanza por Vicente Más: EULALIO; EUSTASIO.

A la charada por Francisco Guerrero: ESPONJA.

A la sustitución por Juan Cano Maresco:

DO M I N G O  
S Á B A D O  
J U E V E S  
L U N E S  
M A R T E S  
M I É R C O L E S  
V I E R N E S

A la tarjeta por José Castejón: RODRIGO SORIANO ALDÁMAR.

A la fuga de consonantes por José M. Pendás.

Cuando mi morena pasa  
tropieza el que va detrás,  
porque se llena la calle  
de terroncitos de sal.

Al jeroglífico por A. San Gil: ENTRETENIMIENTO.

Al jeroglífico por Rosita del Azahar: CALAMARES.

A la sustitución por A. J. Topham:

RO M A  
RO CH A  
RO C A  
RO Z A  
RO B A  
RO P A  
RO S A  
RO L A

Al tercio silábico por Federico del Río:

TO MA TE  
MA ÑA NA  
TE NA ZA

Al triángulo por Ibán Iscar: HIERRO.

## Á NUESTROS SUSCRIPTORES

Rogamos á nuestros abonados cuyas suscripciones terminaron en el número 52 y aún no han sido renovadas, nos digan si hemos de continuar enviándoles ROSA Y AZUL y por cuánto tiempo.

El Administrador,  
OCTAVIO MOLTÓ.

Imprenta de P. Apalategui, Pozas, 12, Madrid, tel.º 1.723

**PARA COLEGIALES** Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱✱✱  
San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

**MAESTRAS**  
**OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES**  
(CIENCIAS Y LETRAS)  
**Y ESCUELAS PÚBLICAS**

— ✱ ✱ ✱ —  
**GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO**  
PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

**Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.**

*Horas para ver al Director: de seis á ocho.*

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

**EMULSIÓN IODO-TÁNICA**  
**MADEMOISELLE**

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas ✱✱✱✱✱✱✱✱

**En todas las farmacias.**

✱ **NUESTRAS REFORMAS** ✱

Desde el número 54 ROSA Y AZUL, anticipándose á la primavera, sale á la calle con traje nuevo y vaporoso, como los niños comienzan á salir en los días que el sol luce sus cálidos rayos.

El traje consiste en bonitas cubiertas debidas al lápiz de Cuevas y estampadas con tinta rosa y azul sobre magnífico papel blanco.

Como cada número llevará un dibujo distinto, constituirá esta reforma un verdadero aliciente, que no hemos de hacer resaltar.

Y á ésta seguirán otras, porque nos proponemos no dar paz á la mano en nuestro afán de mejorar más y más la Revista. De este modo creemos corresponder al favor que nos dispensan los niños.



**LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES**  
BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

**PAIDOTROFO**

**ALIMENTO VERDADERO DE LOS NIÑOS**

Sustituto del aceite de hígado de bacalao y de las emulsiones. Los supera en virtud terapéutica y es mucho más agradable.

De venta en todas las farmacias. Depósito en Madrid: Martín y Durán, Tetuán, 3, y Pérez, Martin, Velasco y Compañía, Mayor, 18.

**ADVERTENCIA**

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias.

Los que deseen alguna, pueden pedirla a estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

**Talleres de fotograbado**

DE LOS

**SUCESORES DE E. PAEZ**

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia

Quintana, 33.—MADRID

**LIBRERIA**

DE

**AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO**

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

**SERRADILLA (Cáceres)**

Pídanse catálogos.



**MADRES** Existen cajas falsificadas de la **MADRES Denticina** que han imitado bien pero sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legitima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**ESTÓMAGO** Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con **Perla Estomacal F. Moreno**. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.



Para anuncios en esta revista, diríjanse á

**LA PRENSA**  
**SOCIEDAD ANUNCIADORA**

CARMEN, 18, PRIMERO

**PASTILLAS** cloro-boro-sódicas **BONALD** — con cocaína —

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premladas en varias Exposiciones.

**ELIXIR** antibaollar **BONALD**, de thioocol-olnaminovanádico-fosfo-glicólico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

**ACANTHEA** **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, **Núñez de Arce (a Gorguera), 17, Madrid**